## PARA TERMINAR

Y ahora solo diremos á nuestro colega local *La Constancia,* en contestación á las frases que nos ha dedicado, que no conocemos el pequeño catalejo con que en una simple equivocación, que resulta motivada, ha podido ver misterios de que nunca somos amigos, y menos se conciben tratándose de intereses tan grandes como los que afectan á la vida de la noble gente de mar.

# EXCURSION AGUADA

El río, crecido con las lluvias, bajaba con ímpetu irresistible por la pendiente, saltando de roca en roca y metiendo un ruido ensordecedor.

Del horizonte apenas si podía verse más que un fragmento, en aquella encañada rodeada de montañas que la aprisionaban como si estuviese moldeada.

Por el pedazo de cielo que se descubría cruzaban negros nubarrones, impelidos por el vendaval, y las cimas de los montes vecinos aparecían enfundadas con una espesísima niebla.

Llovía á torrentes, y encerrados en la solitaria casita cuyos cimientos lamían las aguas del río, contemplábamos con la cara pegada al vidrio, los desahogos de la madre naturaleza.

Un trueno lejano, otro más próximo, el tercero sobre nuestras cabezas haciendo retemblar el edificio, descargaron una manga de granizo que en breves instantes blanqueó todo el campo.

El temporal convirtióse en un fuego graneado y los rayos se sucedían, iluminando la oscura atmósfera, cual en fiesta de fuegos artificiales, y caían en las inmediaciones hendiendo algunas encinas.

Y lluvia, granizo y viento continuaban sin cesar hora tras hora, un día y otro día, inundando los alrededores y obligándonos á recluirnos en casa, en la que quedábamos incomunicados del resto del mundo.

Los víveres habían sido calculados para un par de días; llevábamos cuatro de encierro, y para obtener una mala torta de maíz y un po-

quito de leche, era preciso andar hora y media á pie, por malos caminos, hasta tropezar con algún caserío, pues el lugar de nuestro forzado retiro se halla en un aislamiento completo.

A la una de la tarde encendíamos la lámpara, no tanto para alumbrarnos como para templar la habitación, cuyas paredes chorreaban agua.

Las dimensiones de la vivienda no nos permitían hacer ejercicio alguno, y á fin de movernos un poco, nos veíamos precisados á subir al granero, bajar al establo y andar atrás y adelante, como fieras enjauladas.

Cuantas tentativas hacíamos para salir del encierro resultaban infructuosas, porque apenas asomábamos las narices fuera de la puerta de entrada, las ráfagas de viento y lluvia que azotaban nuestro rostro nos obligaban á retroceder, é instintivamente nos reuníamos todos los cautivos en la cocina, junto al hogar, para calentarnos.

Improvisábamos música con objeto de pasar el rato, y á falta de instrumentos, tarareábamos óperas, melodramas, valses, marchas, couplets de zarzuela y cuanto asomaba á la garganta, en competencia con los silbidos del viento, que parecía mostrar su desaprobación á nuestros cánticos.

Las veladas, aunque más largas y pesadas que el día, las matábamos conversando.

Oimos contar, á quienes habían estado, las maravillas de la Exposición de París y lo que no ha resultado maravilla; lo mucho que se divirtieron allí y cuánto les gustó la Mery en su papel de «catiche» en la interesante comedia de magia «Le Poudre de Pirlinpinpin», que se está representando hace ya meses en el «Chatelet», el teatro más grande de la capital de Francia.

Chascarrillos, chistes y novelas formaban parte del programa, y no faltó quien nos hiciera observar la cara que pondríamos si en aquellos momentos, abriéndose la puerta, apareciese una partida carlista para secuestrarnos.

A la hora del reposo era imposible conciliar el sueño con el estrépito del río, los latigazos del viento y la algarada infernal que movían los elementos sobre nuestro techo.

Al cuarto día, un valiente campesino vino con la mejor voluntad, desde dos horas de camino y casi á nado á traernos un jarro de leche y algunos huevos y hortaliza.

Agradeciéndole mucho y pagándole convenientemente el sacrificio, nos lamentábamos de que no se le hubiese ocurrido traer mayor cantidad de leche.

—La vaca está enferma y no puede dar más, nos contestó.

Yo tenía un rifle, y desde la ventana me entretenía en disparar á las aves de rapiña, que abundaban á causa del temporal. Una de las veces tuvo la mala suerte un gato montés de interponerse en la trayectoria de mi bala y quedó muerto, sin fruto para nadie, porque ese género de comestible no gustaba ni á mis amigos ni á mí. Dos de éstos, más decididos que los demás, aprovechando una escampada, se embarcaron en la lanchita del remanso del río y lanzaron las redes, recogiéndolas más tarde con una docena de exquisitas truchas, plato que fué mucho más celebrado que el que yo intenté servirles.

—El menú de mañana queda reducido á sopas de ajo, ensalada y agua, nos dijo el compañero encargado de los comestibles.

—Intentaremos romper antes este cerco de agua, exclamé; pero nadie asintió á mis palabras, temerosos de que si se aceptaban nos exponíamos á coger una enfermedad.

Pero como hay Providencia, el temporal amainó al quinto día y la caravana pudo ponerse en marcha á las primeras horas de la mañana, procurando volver al mundo social.

Río arriba llegamos á la confluencia de varios arroyuelos, y desde allí, por lugares que ilustrarían perfectamente las obras de Julio Verne, á un reducido barrio constituido con las ruinas de una antigua ferrería, un par de caseríos, una gran casa solariega y una pequeña ermita.

Era día festivo y un joven sacerdote, venido del pueblo más inmediato con aquel diluvio, á caballo, en tres horas de malos caminos, celebraba el santo sacrificio de la Misa ante una veintena de caseros. Las mujeres habían quedado cuidando los caseríos, misión que el domingo siguiente correspondería á los hombres, dándose así el caso de que los habitantes de aquel barrio oyen Misa cada quince días, por la distancia de las viviendas.

El cura está retribuido por su servicio con quince pesetas anuales por cada familia, y como apenas llegan estas á una docena, el estipendio es envidiable.

Allí, en aquel barrio, se nos recibió con cariño por los contados habitantes del mismo, que nos proporcionaron los primeros recursos

y censuraron, con razón, nuestra calaverada que pudo habernos salido un poco cara, acompañándonos hasta dejarnos en la carretera más próxima, á donde vino á recogernos un coche.

ALFREDO DE LAFFITTE.

# UNA ANÉCDOTA DE ESLAVA

Entre las muchas y curiosas anécdotas que cuentan del insigne maestro don Hilarión Eslava, merece mención especial la que relataremos, y que da una idea exacta del carácter reservado y modesto del gran maestro.

Hizo un viaje á Francia, y entre otros puntos, visitó París, siendo su primera visita al Conservatorio, en donde entró sin darse á conocer.

Recibido que fué por el director, rogóle á éste le enseñase el archivo que allí existe; entraron en él, y fué viendo con el detenimiento propio del artista, las obras más maravillosas que posee el mundo musical; para todas dedicaba una frase de elogio ó admiración.

A poco de estar examinando partituras, le enseñaron la de su gran obra *Lamentaciones,* que se cantan en nuestras Basílicas en la noche del Miércoles Santo; la vió detenidamente, como si no la conociera, y todo lo que dijo de ella fué:

—Está correcta.

—¿Cómo correcta?—replicó el director.

—Sí, señor; está correcta.

—La partitura que está usted viendo es del gran maestro Eslava, y no tiene una sola falta, tanto si la considera usted como obra melódica ó como obra científica, y me extraña que usted, que ha dado á entender en su visita los conocimientos musicales que posee, solo haya dicho de esta obra que está correcta.

—Pues, por eso.

Siguieron su visita, de la que el gran Eslava salió muy satisfecho, pero no así el director, de la contestación seca y fría, que la obra de Eslava fuese nada más que correcta, y al despedirse y recibir de manos del maestro su tarjeta, estuvo á punto de subirlo en hombros,